

stella quan

**nicaragua:
estrenando
libertad**

*Para Alejandro Bermúdez
in memoriam*

Extrovertidos, alegres, dicharacheros, sin temor alguno al contacto físico como muestra inmediata de efecto, hay un solo sector de sus vidas en que los nicaragüenses son mesurados, parcos: la expresión de su dolor, la mención de sus muertos. Los nicaragüenses no exhiben morbosamente sus heridas, no nos chantajejan con sus cicatrices; tienen pudor, un infinito pudor en su dolor, con sus muertos. Entre las mil cosas que aprendemos diariamente de la Nicaragua libre, la esencial es ésta: la generosidad de sus hijos, la dignidad y el decoro en el dolor. Los nicaragüenses han enterrado a sus muertos.

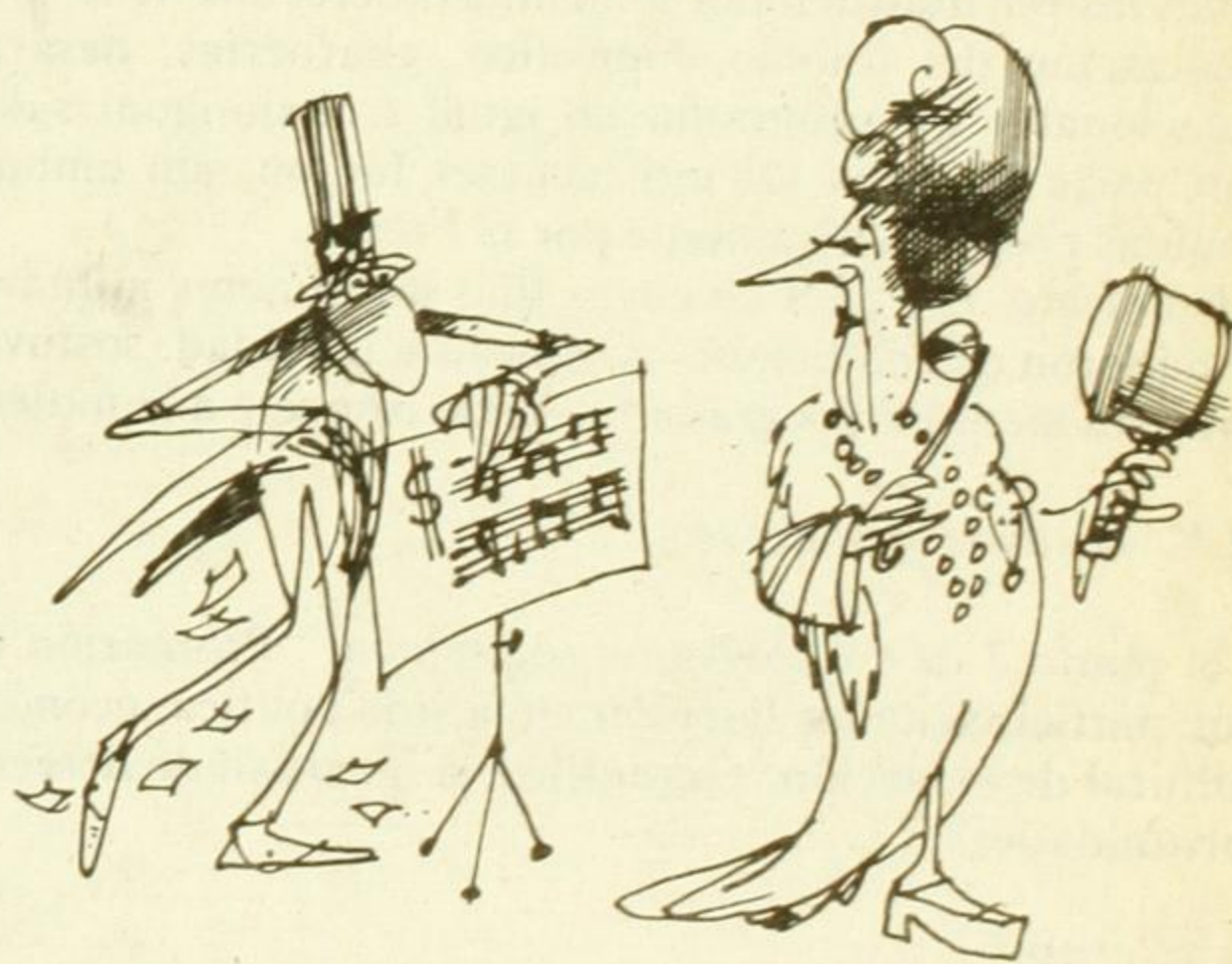
Si bien a Marta se le rodaban las lágrimas al contarme que su nieto de quince años se encuentra en Alemania Oriental porque el *rocket* le amputó las dos piernas, al poco rato me contaba también, con orgullo discreto, que el muchacho una vez recobrada la conciencia repetía que los que quedaban tenían que seguir luchando, que su súplica reiterativa era que jamás sintieran lástima por él, ya que únicamente había perdido las piernas pero no la vida.

El nicaragüense es un pueblo que sabe perdonar y que perdona cotidianamente, aún a los delatores que acusaron al hijo y al marido militante, aún a los cómplices que callaron cuando debieron haber hablado; tratan de redimir y recuperar al vil, están dispuestos a invertir en él tiempo y esfuerzos; saben perfectamente bien que sólo la mujer, el hombre, el

niño nuevos pueden construir la Nicaragua limpia y nueva, diferente. La niña de cinco años sabía lo que decía cuando nos contó que su papá ya no estaba en el país porque "es burgués y sólo piensa en él mismo"; el compa del Fortín de León lo tenía claro cuando nos dijo, refiriéndose a los de la EEVI (policía especial de "Tachito", especialistas en violación y torturas) prisioneros bajo su custodia: "Pues mirá compañera, de lo que vos me preguntás, de qué hacemos, de cómo nos comportamos con ellos, mi respuesta es que nosotros tratamos de que olviden su ideología, esos ideales tan malos que ellos tienen; nosotros quisiéramos que se volvieran buenos, que entre todos reconstruyamos Nicaragua".

Un espectáculo cotidiano — cien veces repetido a todo lo largo y ancho del país — es la develación de placas en las esquinas de las calles con el nombre de un combatiente caído; en unos casos es el nombre del esposo, en otros los del hijo, de la hija militante. Generalmente es la madre quien se coloca al lado de la placa; un discurso de alguien que conoció de cerca al caído, el himno del país, el bellissimo himno sandinista

(Hoy el amanecer dejó de ser una tentación
mañana, algún día surgirá un nuevo sol
que habrá de iluminar toda la tierra
que nos legaron los mártires y héroes



SANTIAGO DE CHILE 1972

en caudalosos ríos de leche y miel), la develación de la placa y luego, para finalizar, la misa campal.

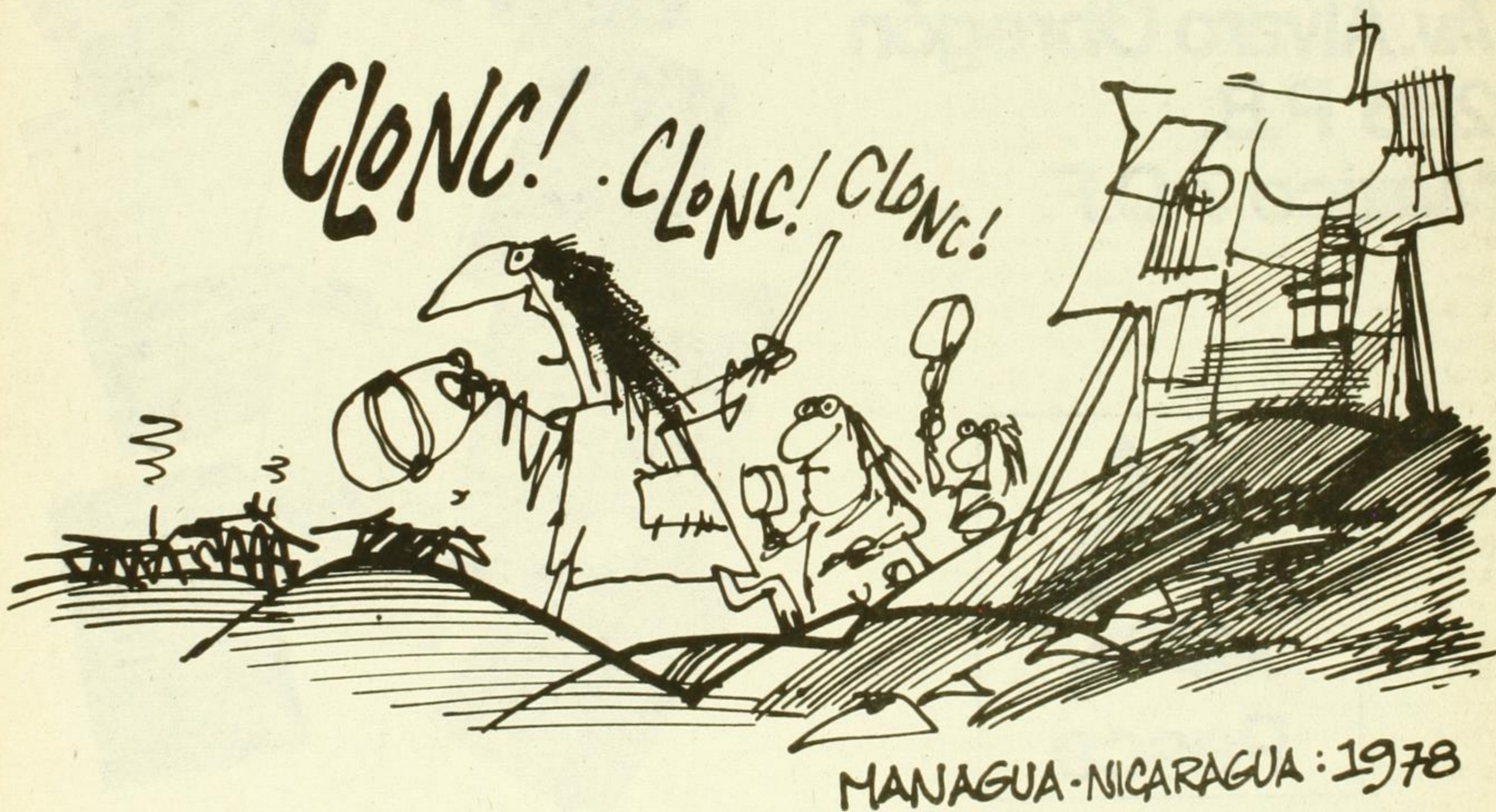
Sobria, dignamente, la madre participa en todo el ritual; sigue respaldando al hijo (por quien empezó a comprender, por quien comenzó a participar...), a la hija adolescente que se fue de la casa. Sigue solidaria. Al final del acto (diez veces repetido en Managua, en Rivas, en Masaya) la madre se va quedando sola; únicamente los más cercanos la acompañan a lo largo de la calle que desde ese día llevará el nombre de su hija, de su hijo guerrillero, caídos en combate o en tortura a los trece, a los quince, a los veinte años.

Nadie en Nicaragua les niega a los niños, a los jóvenes —mujeres y hombres— que fueron ellos los que ganaron la guerra, los que derrotaron a la bestia; nadie niega tampoco que sin la participación masiva de las mujeres el triunfo jamás se hubiese alcanzado. A mi pregunta de cuál fue el factor esencial que impulsó a las mujeres nicaragüenses a participar masivamente, a organizarse como tales, esto me respondió María Luisa, una de las quince mujeres de los barrios marginales —*14 de septiembre, Nicarao, Venezuela, etc.*— a quienes entrevistaba:

“Cuando Doris Tijerina y Luisa Amanda Espinosa tuvieron la valentía de delatar cómo habían sido violadas por la guardia (“A Doris, me informó Anita, le metieron las manos hasta adentro y le sacaron sus partes internas como se les saca a las gatas”) y que pese a la violación —por lo menos diez guardias violaron a cada una— seguirían luchando... al saber nosotras cómo se mancillaba a la mujer para que no participara, entendimos que la guardia se daba cuenta del valor que tenía nuestro papel en la lucha y decidimos actuar, con el ejemplo de Doris, con el ejemplo de Amanda...”

Todas mis grabaciones están llenas de carcajadas, de risa provocada por sus propias narraciones sobre las distintas maneras de burlar a la guardia...

No, ni las mujeres ni los hombres de Nicaragua van a pedir nada porque, como bien dice Cortázar, “tienen el silencioso orgullo de los que han ganado solos sus batallas y están dispuestos a seguir librándolas igualmente solos”. Sin embargo, pienso con Cortázar que ni ellos ni ellas (especialmente mis hermanos de la *14 de septiembre*, de la *Nicarao*) pueden impedir que yo lo haga en su nombre; mis razones para hacerlo radican en “mi admiración y mi amor por su coraje”



Caricaturas de Palomo